

RUBÉN DARÍO



Ilustrado por MARIO MURUA

Planeta  Sostenible

RUBÉN DARÍO

azul...

Ilustrado por
MARIO MURUA

Criterios de edición del texto

La presente versión de Azul reproduce íntegramente los cuentos en prosa y poesías de la primera edición de Azul (Imprenta y Litografía Excelsior, Valparaíso, Chile, 1888), utilizando como referencia la publicación efectuada por Pequeño Dios Editores en 2013. De aquel libro original no se incluyó la dedicatoria de Rubén Darío a Federico Varela ni el prólogo de E. de la Barra. En ediciones posteriores el poeta nicaragüense agregó otros contenidos que tampoco se incorporaron a esta.

El texto fue objeto de algunas actualizaciones, principalmente ortográficas.

Además, se agregaron signos de exclamación y de interrogación cuando faltaban al inicio de frases u oraciones.

Se modificó el uso de algunas rayas de diálogo así como la ubicación de los signos de puntuación respecto de esas rayas.

Se corrigieron ciertos casos de laísmo (“al darla un beso”, “la preguntó”, “hablándola al oído”, etc.).

En el texto original es frecuente la ausencia de comas que debieran situarse junto a signos de exclamación, las que fueron agregadas.

En el poema “Estival” de la publicación hecha en Valparaíso, la numeración salta del I al IV; se agregaron los números II y III que aparecen en las ediciones posteriores.

Palabras cuya escritura ha sufrido variaciones se usaron en la forma actual. No obstante, se conservaron intactos aquellos términos que no figuran en el diccionario de la RAE; por ejemplo, ‘amedró’ por ‘amedrentó’ o ‘maelstrón’ por ‘Maelstrom’.

Azul...

Rubén Darío

Ilustraciones de Mario Murua

1ª edición digital, octubre de 2020

© 2019 Planeta Sostenible EIRL

© 2019 Mario Murua

Edición: Sebastián Olivari

Corrección de textos: Francisco Fabres

Diseño: S Comunicación Visual

Apoyo en la creación gráfica: ARA

ISBN: 978-956-6050-57-5

Prólogo: El poeta en la corte del rey 6

Cuentos en Prosa 11

El Rey Burgués 13

La Ninfa 17

El Fardo 21

El Velo de la Reina Mab 25

La Canción del Oro 29

El Rubí 33

El Palacio del Sol 39

El Pájaro Azul 43

Palomas Blancas y Garzas Morenas 47

En Chile

 Álbum Porteño 53

 Álbum Santiagués 59

El Año Lírico 65

Primaveral 66

Estival 69

Autumnal 72

Invernal 74

Pensamiento de Otoño 76

Anatkh 78

No es la fastuosidad dariana lo que me deslumbra, sino lo que ese lujo, por contraste, oculta: esa precaria desnudez, ese vacío, esa carencia que algunos llamarían la miserable condición humana, tan magistralmente expresada en *Lo fatal*, *Melancolía* y ese —para mí— descarnado retrato de la situación siempre inestable y frustrada del poeta: “Yo persigo una forma que no encuentra su estilo”. Pero *Azul* será el libro emblemático de Darío, su texto modernista por antonomasia, cuyo título va a convertirse en un símbolo —o un ícono— del movimiento inaugurado por el poeta nicaragüense, al que se sumará posteriormente el cisne (de engañoso plumaje), ave que —en su blancura interrogante— se vincula paradigmáticamente con el mito griego de Leda y el cisne, y que deviene en un símbolo inequívoco, no solo del propio modernismo, sino de la poesía en general.

Azul se compone de prosas y poemas en verso. Tanto en una como en otra forma Darío alcanza esa virtud que por sí sola no hace a un gran poeta, pero sin la cual ningún sujeto podría llegar a serlo: virtuosismo.

La calidad de su prosa se impone por su musicalidad, su plasticidad, su ductilidad rítmica, a tal punto que su poesía en verso, al menos en este libro, no sé si palidezca, pero al menos sí compite a la par con su poesía en prosa y en algunos momentos es superada por ella. Lo que no es poco decir. Ni mucho.

La primera sección de *Azul* lleva por título “Cuentos en prosa”. El primero de ellos, *El rey burgués*, una verdadera alegoría del lugar inestable y marginal del poeta en la sociedad moderna, es una magnífica apertura para el libro: el lujo del ambiente cortesano oculta la precariedad del poeta, quien no cuenta más que con su propio lenguaje, mal comprendido por el Rey y sus súbditos. El relato grafica la incompatibilidad del lenguaje poético y el discurso del poder, que se impone sobre él, calificándolo de incomprensible y extravagante, relegándolo a una función menor, un mero ornamento más dentro de los fastuosos —y míseros— salones cortesanos.

La presente edición de *Azul* se apega estrictamente a la edición príncipe del libro, publicada en Valparaíso en 1888. Introduce, no obstante, una novedad: las notables ilustraciones del artista plástico chileno, Mario Murua, aunque hablar de ilustraciones sea impropio, en tanto supone una subordinación de la imagen al texto, cuando lo que hay aquí es un diálogo entre dos manifestaciones artísticas, una interpretación visual de una obra hecha de lenguaje, ambos situados —imagen y texto— en ese plano de equiparidad que supone todo diálogo. Así, las “ilustraciones” —a falta de un término más justo— constituyen una verdadera lectura de los poemas, y, a la vez, suponen una intervención creativa de los mismos. Iluminador resulta, en este sentido, la “ilustración” que dialoga con el cuento en prosa “*El rey burgués*” subtítulo irónicamente “*Cuento alegre*”, texto donde aparece por primera vez el cisne, tan caro al modernismo, y cuyo argumento puede sintetizarse —como la vida de los desdichados— en unas pocas líneas de tristeza:

Un rey burgués, aficionado al ocio y a las artes, favorecía en su corte, generosamente, a sus músicos, sus pintores y escultores, entre otros cultores de los nobles oficios de la expresión artística. Defensor de la corrección académica y del modo lamido en las artes, era un celoso amante de la ortografía. Un día le llevaron a un poeta, como el ejemplar de una rara especie subhumana, al lugar donde se hallaba rodeado de cortesanos, retóricos y maestros de equitación y baile. El poeta le hace ver al rey que tiene hambre, a lo que el rey le ordena —desestimando la urgencia que aquejaba al visitante— hablar, desplegar su discurso de poeta. Luego de lo cual, comería.

Una vez pronunciado su excéntrico discurso, ante la incompreensión general, un filósofo de la corte propone que el poeta se gane la comida con una caja de música, en el jardín, cerca de los cisnes, en calidad de mero ornamento, sin posibilidad de hablar. Solo le era permitido dar vueltas al manubrio de la caja de música. Así el poeta se ganaría la vida o la muerte, la que le llegaría con el crudo y penetrante frío del invierno, solo, despojado del lujo de su voz.

Murua caracteriza al rey burgués como un salvaje, o tal vez un aborigen, con una lanza en la mano —en lugar del previsible báculo monárquico—, y un taparrabos mísero, donde debiera lucirse la vestimenta lujosa propia de un rey burgués: un manto de oro, armiño o lo que fuere. Erguido sobre una especie de perro de dos cabezas y rodeado por criadas alegremente desnudas, una de ellas de raza negra, pareciera, más que un rey burgués, de refinados atuendos, el monarca de una tribu salvaje, en un ambiente de colorido exotismo que remite a regiones vírgenes, poco exploradas por el ojo del hombre de las grandes ciudades. El perro de dos cabezas pertenece a un imaginario mágico, mítico o definitivamente surrealista. Surrealismo, arte naïf, primitivismo, son tres de las estéticas que se cruzan en las ilustraciones de Murua, y que proponen vínculos insospechados con la estética modernista de Rubén Darío, en lo que respecta, por ejemplo, al acto de contrastar la desnudez y el despojo, al lujo con que visten los cortesanos y el rey mismo.

Murua opone la imagen de un rey desnudo a un rey investido de sus nobles atuendos, en un acto irónico, carnavalesco, de inversión del nivel de dignidad del personaje, procedimiento típico de la parodia, entendida como la apropiación de un texto, modificado de tal forma que su sentido original se desvía hacia una dirección insospechada, con intencionalidad crítica.

La contradicción entre un rey burgués y un rey aborigen desarticula la representación convencional de la traza externa de un burgués y de un monarca.

El componente naif de la ilustración se verifica en la desproporción de las manos del rey en relación al tamaño del cuerpo, que simula en ciertos aspectos los dibujos infantiles.

En efecto, hay algo de infantil en esta ilustración, algo que apunta a cierto primitivismo prístino. Por otro lado, la desnudez puede ser leída como un signo visible de pureza, si consideramos el relato del génesis, cuando hombre y mujer no sienten vergüenza de la desnudez de su cuerpo, hasta que comen el fruto del árbol de la ciencia del bien y el mal. Gonzalo de Berceo, en el prefacio de su extenso poema "Milagros de Nuestra Señora", se desnuda en una especie de floresta o jardín, como una forma de volver al estado edénico, previo a la caída en el pecado, para poder cantar y contar los milagros de la Virgen, la impoluta.

¿Murua tendrá la intención de captar y representar pictóricamente la pureza implícita de la poesía de Rubén Darío, tanto en sus temas como en sus formas y técnicas? Si bien la elaboración técnica y formal rigurosa de Darío excluiría la posibilidad de leerlo como una propuesta naif, sí creo que hay varios elementos darianos que pueden vincularse con esa estética, sobre todo en lo que respecta al uso de ciertos ritmos que se pueden asociar a lo ingenuo. Pienso principalmente en su poema Sonatina: La princesa está triste/¿qué tendrá la princesa?/Los suspiros escapan de su boca de fresa".

Y no es que los poemas de Darío sean "inocentes" o carezcan de elaboración técnica. Nadie pondría en duda la inteligente complejidad formal del poeta nicaragüense, su "virtuosismo" técnico. Esa cualidad —sin la cual nadie podría llegar a ser un gran poeta— contrasta con la estética naif de las ilustraciones de Murua, quien parece querer delatar lo espontáneo de la obra de Darío, esa dimensión que se le ha negado, al poner el énfasis en las innovaciones técnicas del autor de Azul, a la hiperconciencia de su arte. Y es que Azul tiene mucho de mirada infantil, —no inocente ni cándida—, en especial en sus prosas y cuentos, donde se reproduce, a ratos, un imaginario que reconocemos ligado estrechamente a los cuentos de hadas o al mundo de las leyendas. Lo que hace Murua es restituir la poesía de Rubén Darío a su origen mágico y rítmico, una estética del ritmo y "una visión rítmica del universo", según palabras de Octavio Paz. Murua no ilustra los textos de Darío, ya lo hemos dicho, sino que confronta —en la forma de un diálogo, a veces polémico— una estética a otra estética, habiendo entre ambas una secreta convergencia, bajo la forma de un marcado contraste.

El exotismo, tan asociado a la estética rubendariana por ejemplo, podría concebirse como punto de encuentro entre el primitivismo, latente en la obra de Murua, y la pureza de un mundo no del todo asimilado todavía por la mirada metropolitana, conformado por elementos que remiten a un pasado arquetípico, o situados en un pasado remoto, o en un lugar fuera de la historia, lejos de las carencias de una América finisecular, que ha roto con su pasado indígena imperial, para abrazar el ideal económico y cultural norteamericano. Y sin embargo, Darío era lector de Whitman, el gran poeta de Norteamérica, esa nación tan puesta en entredicho por los poetas modernistas que veían en ella —con razón— un emblema del colonialismo imperialista.

El poema donde se puede apreciar con más claridad el influjo del poeta norteamericano es la "Canción del oro", deslumbrante poema puesto en boca de un mendigo, poniendo en evidencia un contraste feroz, casi irónico, entre la naturaleza del que "canta" y el objeto del "canto". Se canta a lo que se desea, o sea a aquello de lo que se carece. Tal pareciera ser la condición de todo canto, y la poesía puede entenderse como una práctica compensatoria, donde el canto exalta el deseo de

poseer el objeto de la carencia. La proliferación verbal es abundancia, pero una abundancia que señala o delata una falta sin fondo. Debe tratarse del poema más notable del libro, seguramente, por su fuerza, su construcción rítmica, la nitidez litúrgica de sus imágenes. Extenso poema en prosa, exalta el valor del oro, como objeto estético, en una profusión de asociaciones culturales que constituyen una celebración de la abundancia y la riqueza y el poder. Pero el oro también como elemento simbólico en el marco de la cultura indígena incaica, en cuyo seno adquiere connotaciones sagradas.

El ritmo del poema obedece al aliento de la prosa rítmica, un ritmo de largo aliento, oracular, donde se desata, derramándose, un caudal de imágenes que remiten a lo sensual, lo pletórico, a lo fastuoso.

El poema tiene mucho de letanía o salmo, en su carácter reiterativo, anafórico, que celebra las bondades del oro, su valor como objeto en sí mismo, más allá o más acá de su valor de cambio, aunque haya una alusión clara al valor económico del elemento: "Cantemos al oro, padre del pan".

"Azul" es un libro único en la literatura hispanoamericana. Aseveración fácil, que bordea el lugar común de prólogos y presentaciones de libros. Como si todos los libros no fueran únicos. O como si el ser único fuera, en definitiva, garantía de grandeza, olvidándose que todo libro, todo poema —por original que parezca— es parte de una tradición, es decir, de un trabajo colectivo en el que convergen una infinidad de voces: voces de hombres y mujeres que callaron solo para que nosotros pudiésemos hablar.

Me corrijo: Azul de Rubén Darío es un libro común, uno de los libros más comunes que se han escrito, porque a fuerza de universalidad ha pasado a pertenecer a una comunidad. Y ese es un logro mayor, tal vez el mayor logro a que un poeta podría aspirar, si es que le fuera dado aspirar a alguna cosa, que no fuera la pura incompreensión.

Rafael Rubio Barrientos

Poeta y Doctor en Literatura Hispánica



CUENTOS
EN PROSA



EL REY BURGUÉS

CUENTO ALEGRE

¡Amigo! El cielo está opaco, el aire frío, el día triste. Un cuento alegre... así como para distraer las brumosas y grises melancolías, helo aquí:

*

Había en una ciudad inmensa y brillante un rey muy poderoso, que tenía trajes caprichosos y ricos, esclavas desnudas, blancas y negras, caballos de largas crines, armas flamantísimas, galgos rápidos y monteros con cuernos de bronce, que llenaban el viento con sus fanfarrias. ¿Era un rey poeta? No, amigo mío: era el Rey Burgués.

*

Era muy aficionado a las artes el soberano, y favorecía con gran largueza a sus músicos, a sus hacedores de ditambos, pintores, escultores, boticarios, barberos y maestros de esgrima.

Quando iba a la floresta, junto al corzo o jabalí herido y sangriento, hacía improvisar a sus profesores de retórica, canciones alusivas; los criados llenaban las copas del vino de oro que hierve, y las mujeres batían palmas con movimientos rítmicos y gallardos. Era un rey sol, en su Babilonia llena de músicas, de carcajadas y de ruido de festín. Cuando se hastiaba de la ciudad bullente, iba de caza atronando el bosque con sus tropeles; y hacía salir de sus nidos a las aves asustadas, y el vocerío repercutía en lo más escondido de las cavernas. Los perros de patas elásticas iban rompiendo la maleza en la carrera, y los cazadores inclinados sobre el pescuezo de los caballos, hacían ondear los mantos púrpúreos y llevaban las caras encendidas y las cabelleras al viento.

*

El rey tenía un palacio soberbio donde había acumulado riquezas y objetos de arte maravillosos. Llegaba a él por entre grupos de lilas y extensos estanques, siendo saludado por los cisnes de cuello blanco, antes que por los lacayos estirados. Buen gusto. Subía por una escalera llena de columnas de alabastro y de esmeraldina, que tenía a los lados leones de mármol, como los de los tronos salomónicos. Refinamiento. A más de los cisnes, tenía una vasta pajarera, como amante de la armonía, del arrullo, del trino; y cerca de ella iba a ensanchar su espíritu, leyendo novelas de M. Ohnet, o bellos libros sobre cuestiones gramaticales, o críticas hermosillescas. Eso sí: defensor acérrimo de la corrección académica en letras, y del modo lamido en artes; alma sublime amante de la lija y de la ortografía.

*

¡Japoneñas! ¡Chinerías! por moda y nada más. Bien podía darse el placer de un salón digno del gusto de un Goncourt y de los millones de un Crespo: quimeras de bronce con las fauces abiertas y las colas enroscadas, en grupos fantásticos y maravillosos; lacas de Kioto con incrustaciones de hojas y ramas de una flora monstruosa, y animales de una fauna desconocida; mariposas de raros abanicos junto a las paredes; peces y gallos de colores; máscaras de gestos infernales y con ojos como si fuesen vivos, artesanas de hojas antiquísimas y empuñaduras con dragones devorando flores de loto; y en conchas de huevo, túnicas de seda amarilla, como tejidas con hilos de araña, sembradas de garzas rojas y de verdes matas de arroz; y tibores, porcelanas de muchos siglos, de aquellas en que hay guerreros tártaros con una piel que les cubre hasta los riñones, y que llevan arcos estirados y manojos de flechas.

Por lo demás, había el salón griego, lleno de mármoles: diosas, musas, ninfas y sátiros; el salón de los tiempos galantes, con cuadros del gran Watteau y de Chardin; dos, tres, cuatro, ¿cuántos salones?

Y Mecenas se paseaba por todos, con la cara inundada de cierta majestad, el vientre feliz y la corona en la cabeza, como un rey de naipes.

*

Un día le llevaron una rara especie de hombre ante su trono, donde se hallaba rodeado de cortesanos, de retóricos y de maestros de equitación y de baile.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Señor, es un poeta.

El rey tenía cisnes en el estanque, canarios, gorriones, senzontes en la pajarera: un poeta era algo nuevo y extraño.

—Dejadle aquí.

Y el poeta:

—Señor, no he comido.

Y el rey:

—Habla y comerás.

Comenzó:

*

—Señor, ha tiempo que yo canto el verbo del porvenir. He tendido mis alas al huracán, he nacido en el tiempo de la aurora; busco la raza escogida que debe esperar con el himno en la boca y la lira en la mano, la salida del gran sol. He abandonado la inspiración de la ciudad malsana, la alcoba llena de perfume, la musa de carne que llena el alma de pequeñez y el rostro de polvos de arroz. He roto el arpa adulona de las cuerdas débiles, contra las copas de Bohemia y las jarras donde espumea el vino que embriaga sin dar fortaleza; he arrojado el manto que me hacía parecer histrión, o mujer, y he vestido de modo salvaje y espléndido: mi harapo es de púrpura. He ido a la selva, donde he quedado vigoroso y ahito de leche fecunda y licor de nueva vida; y en la ribera del mar áspero, sacudiendo la cabeza bajo la fuerte y negra tempestad, como un ángel soberbio, o como un semidiós olímpico, he ensayado el yambo dando al olvido el madrigal.

He acariciado a la gran naturaleza, y he buscado al calor del ideal, el verso que está en el astro en el fondo del cielo, y el que está en la perla en lo profundo del océano. ¡He querido ser pujante! Porque viene el tiempo de las grandes revoluciones, con un Mesías todo luz, todo agitación y potencia, y es preciso recibir su espíritu con el poema que sea arco triunfal, de estrofas de acero, de estrofas de oro, de estrofas de amor.

¡Señor, el arte no está en los fríos envoltorios de mármol, ni en los cuadros lamidos, ni en el excelente señor Ohnet! ¡Señor! el arte no viste pantalones, ni habla en burgués, ni pone puntos en todas las íes. Él es agosto, tiene mantos de oro, o de llamas, o anda desnudo, y amasa la greda con fiebre, y pinta con luz, y es opulento, y da golpes de ala como las águilas, o zarpazos como los leones. Señor, entre un Apolo y un ganso, preferid el Apolo, aunque el uno sea de tierra cocida y el otro de marfil.

¡Oh, la Poesía!

¡Y bien! Los ritmos se prostituyen, se cantan los lunares de las mujeres, y se fabrican jarabes poéticos. Además, señor, el zapatero critica mis endecasílabos, y el señor profesor de farmacia pone puntos y comas a mi inspiración. Señor, ¡y vos lo autorizáis todo esto...! El ideal, el ideal...

El rey interrumpió:

—Ya habéis oído. ¿Qué hacer?

Y un filósofo al uso:

—Si lo permitís, señor, puede ganarse la comida con una caja de música; podemos colocarle en el jardín, cerca de los cisnes, para cuando os paseéis.

—Sí —dijo el rey, y dirigiéndose al poeta—: Daréis vueltas a un manubrio. Cerraréis la boca. Haréis sonar una caja de música que toca valsos, cuadrillas y galopas como no preferiréis moriros de hambre. Pieza de música por pedazo de pan. Nada de jerigonzas ni de ideales. Id.

Y desde aquel día pudo verse a la orilla del estanque de los cisnes, al poeta hambriento que daba vueltas al manubrio: *tiririrín, tiririrín...* ¡avergonzado a las miradas del gran sol! ¡Pasaba el rey por las cercanías? ¡*Tiririrín, tiririrín...*! ¿Había que rellenar el estómago? ¡*Tiririrín!* Todo entre la burla de los pájaros libres que llegaban a beber rocío en las lilas floridas; entre el zumbido de las abejas, que le picaban el rostro y le llenaban los ojos de lágrimas, ¡*tiririrín...*! ¡lágrimas amargas que rodaban por sus mejillas y que caían a la tierra negra!

Y llegó el invierno, y el pobre sintió frío en el cuerpo y en el alma. Y su cerebro estaba como petrificado, y los grandes himnos estaban en el olvido, y el poeta de la montaña coronada de águilas, no era sino un pobre diablo que daba vueltas al manubrio, *tiririrín*.

Y cuando cayó la nieve se olvidaron de él, el rey y sus vasallos; a los pájaros se les abrigó, y a él se le dejó al aire glacial que le mordía las carnes y le azotaba el rostro, ¡*tiririrín!*

Y una noche en que caía de lo alto la lluvia blanca de plumillas cristalizadas, en el palacio había festín, y la luz de las arañas reía alegre sobre los mármoles, sobre el oro y sobre las túnicas de los mandarines de las viejas porcelanas. Y se aplaudían hasta la locura los brindis del señor profesor de retórica, cuajados de dáctilos, de anapestos y de pirriquios, mientras en las copas cristalizadas hervía el champaña con su burbujeo luminoso y fugaz. ¡Noche de invierno, noche de fiesta! Y el infeliz cubierto de nieve, cerca del estanque, daba vueltas al manubrio para calentarse ¡*tiririrín, tiririrín!* tembloroso y aterido, insultado por el cierzo, bajo la blancura implacable y helada, en la noche sombría, haciendo resonar entre los árboles sin hojas la música loca de las galopas y cuadrillas; y se quedó muerto, *tiririrín...* pensando en que nacería el sol del día venidero, y con él el ideal, *tiririrín...*, y en que el arte no vestiría pantalones sino manto de llamas, o de oro... Hasta que al día siguiente lo hallaron el rey y sus cortesanos, al pobre diablo de poeta, como gorrion que mata el hielo, con una sonrisa amarga en los labios, y todavía con la mano en el manubrio.

*

¡Oh, mi amigo! el cielo está opaco, el aire frío, el día triste. Flotan brumosas y grises melancolías... Pero ¡cuánto calienta el alma una frase, un apretón de manos a tiempo! ¡Hasta la vista!



LA NINFA

CUENTO PARISIENSE

En el castillo que últimamente acababa de adquirir Lesbia, esa actriz caprichosa y endiablada que tanto ha dado que decir al mundo por sus extravagancias, nos hallábamos a la mesa hasta seis amigos. Presidía nuestra Aspasia, quien a la sazón se entretenía en chupar como niña golosa, un terrón de azúcar húmeda, blanco entre las yemas sonrosadas. Era la hora del *chartrouse*. Se veía en los cristales de la mesa como una disolución de piedras preciosas, y la luz de los candelabros se descomponía en las copas medio vacías, donde quedaba algo de la púrpura del borgoña, del oro hirviente del champaña, de las líquidas esmeraldas de la menta.

Se hablaba con el entusiasmo de artistas de buena pasta, tras una buena comida. Éramos todos artistas, quien más, quien menos, y aun había un sabio obeso que ostentaba en la albura de una pechera inmaculada, el gran nudo de una corbata monstruosa.

Alguien dijo:

—¡Ah, sí, Fremiet!

Y de Fremiet se pasó a sus animales, a su dintel maestro, a dos perros de bronce que, cerca de nosotros, uno buscaba la pista de la pieza, y otro, como mirando al cazador, alzaba el pescuezo y arbolaba la delgadez de su cola tiesa y erecta. ¿Quién habló de Mirón? El sabio, que recitó en griego el epigrama de Anacreonte:

—Pastor, lleva a pastar más lejos tu boyada, no sea que creyendo que respira la vaca de Mirón, la quieras llevar contigo.

Lesbia acabó de chupar su azúcar, y con una carcajada argentina:

—¡Bah! Para mí, los sátiros. Yo quisiera dar vida a mis bronces, y si esto fuera posible, mi amante sería uno de esos velludos semidiosos. Os advierto que más que a los sátiros adoro a los centauros; y que me dejaría robar por uno de esos monstruos robustos, solo por oír las quejas del engañado, que tocaría su flauta lleno de tristeza.

El sabio interrumpió:

—¡Bien! Los sátiros y los faunos, los hipocentauros y las sirenas, han existido, como las salamandras y el ave Fénix.

Todos reímos, pero entre el coro de carcajadas, se oía irresistible, encantadora, la de Lesbia, cuyo rostro encendido, de mujer hermosa, estaba como resplandeciente de placer.

*

—Sí —continuó el sabio—, ¿con qué derecho negamos los modernos, hechos que afirman los antiguos? El perro gigantesco que vio Alejandro, alto como un hombre, es tan real como la araña Kraken que vive en el fondo de los mares. San Antonio Abad, de edad de noventa años, fue en

busca del viejo ermitaño Pablo, que vivía en una cueva. Lesbia, no te rías. Iba el santo por el yermo, apoyado en su báculo, sin saber dónde encontrar a quien buscaba. A mucho andar, ¿sabéis quién le dio señas del camino que debía seguir? Un centauro, medio hombre y medio caballo —dice un autor—, hablaba como enojado; huyó tan velozmente que presto le perdió de vista el santo; así iba galopando el monstruo, cabellos al aire y vientre a tierra.

En ese mismo viaje, San Antonio vio un sátiro “hombrecillo de extraña figura, estaba junto a un arroyuelo, tenía las narices corvas, frente áspera y arrugada, y la última parte de su contrahecho cuerpo remataba con pies de cabra”.

—Ni más ni menos —dijo Lesbia— M. de Cocureau, ¡futuro miembro del Instituto!

Siguió el sabio:

—Afirma San Jerónimo que en tiempo de Constantino Magno se condujo a Alejandría un sátiro vivo, siendo conservado su cuerpo cuando murió.

Además, vio el emperador en Antioquía.

Lesbia había vuelto a llenar su copa de menta, y humedecía la lengua en el licor verde como lo haría un animal felino.

—Dice Alberto Magno que en su tiempo cogieron a dos sátiros en los montes de Sajonia. Enrico Zormano asegura que en tierras de Tartaria había hombres con solo un pie, y solo un brazo en el pecho. Vincencio vio en su época un monstruo que trajeron al rey de Francia; tenía cabeza de perro (Lesbia reía); los muslos, brazos y manos tan sin vello como los nuestros (Lesbia se agitaba como una chicuela a quien hiciesen cosquillas); comía carne cocida y bebía vino con todas ganas.

—¡Colombine! —gritó Lesbia—. Y llegó Colombine, una falderilla que parecía un copo de algodón. Tomola su ama, y entre las explosiones de risa de todos:

—¡Toma, el monstruo que tenía tu cara!

Y le dio un beso en la boca, mientras el animal se estremecía e inflamaba las naricitas como lleno de voluptuosidad.

—Y Filegón Traliano —concluyó el sabio elegantemente— afirma la existencia de dos clases de hipocentauros: una de ellas como elefantes. Además...

—Basta de sabiduría —dijo Lesbia. Y acabó de beber la menta.

Yo estaba feliz. No había despegado mis labios.

—¡Oh! —exclamé— ¡para mí, las ninfas! Yo desearía contemplar esas desnudeces de los bosques y de las fuentes, aunque como Acteón, fuese despedazado por los perros. Pero las ninfas no existen.

Concluyó aquel concierto alegre, con una gran fuga de risas, y de personas.

¡Y qué! —me dijo Lesbia, quemándome con sus ojos de faunesa y con voz callada como para que solo yo la oyera— las ninfas existen, ¡tú las verás!

*

Era un día primaveral. Yo vagaba por el parque del castillo, con el aire de un soñador empedernido. Los gorriones chillaban sobre las lilas nuevas, y atacaban a los escarabajos que se defendían de los picotazos con sus corazas de esmeralda, con sus petos de oro y acero. En las rosas el carmín, el bermellón, la onda penetrante de perfumes dulces; más allá las violetas, en grandes grupos, con su color apacible y su olor a virgen. Después, los altos árboles, los ramajes tupidos llenos de mil abejos, las estatuas en la penumbra, los discóbolos de bronce, los gladiadores musculosos en sus soberbias posturas gímnicas, las glorietas perfumadas cubiertas de enredaderas, los pórticos, bellas imitaciones

jónicas, cariátides todas blancas y lascivas, y vigorosos telamones del orden atlántico, con anchas espaldas y muslos gigantescos. Vagaba por el laberinto de tales encantos cuando oí un ruido, allá en lo oscuro de la arboleda, en el estanque donde hay cisnes blancos como cincelados en alabastro y otros que tienen la mitad del cuello del color del ébano, como una pierna alba con media negra.

Llegué más cerca. ¿Soñaba? ¡Oh, Numal! Yo sentí lo que tú, cuando viste en su gruta por primera vez a Egeria.

Estaba en el centro del estanque, entre la inquietud de los cisnes espantados, una ninfa, una verdadera ninfa, que hundía su carne de rosa en el agua cristalina. La cadera a flor de espuma parecía a veces como dorada por la luz opaca que alcanzaba a llegar por la brecha de las hojas. ¡Ah!, yo vi lirios, rosas, nieve, oro; vi un ideal con vida y forma, y oí entre el burbujeo sonoro de la linfa herida, como una brisa burlesca y armoniosa, que me encendía la sangre.

De pronto huyó la visión, surgió la ninfa del estanque, semejante a Citerea en su onda, y recogiendo sus cabellos que goteaban brillantes, corrió por los rosales, tras las lilas y violetas, más allá de los tupidos arboles, hasta ocultarse a mi vista, hasta perderse, ay, por un recodo; y quedé yo, poeta lírico, fauno burlado, viendo a las grandes aves alabastrinas como mofándose de mí, tendiéndome sus largos cuellos en cuyo extremo brillaba bruñida el ágata de sus picos.

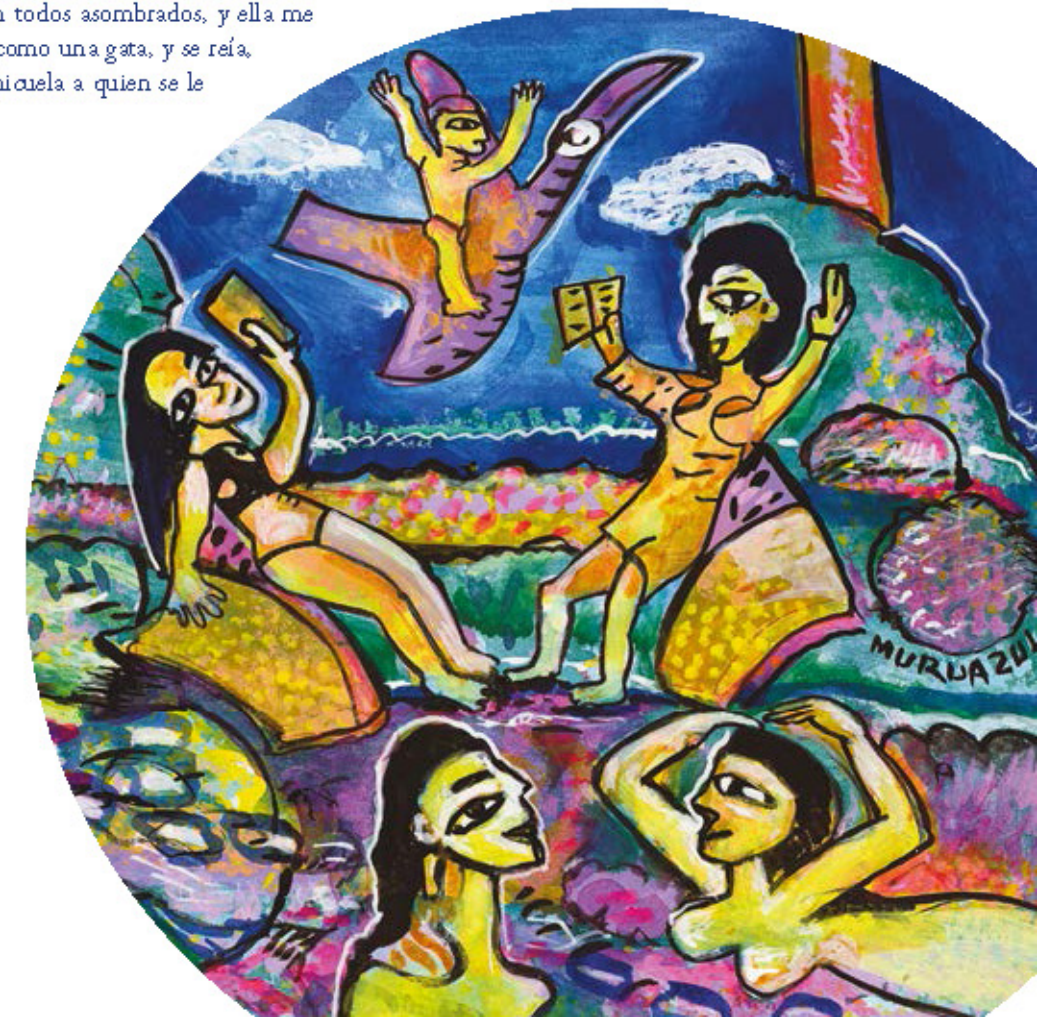
*

Después, almorzábamos juntos aquellos amigos de la noche pasada, entre todos, triunfante, con su pechera y su gran corbata oscura, el sabio obeso, futuro miembro del Instituto.

Y de repente, mientras todos charlaban de la última obra de Fremiet en el salón, exclamó Lesbia con su alegre voz parisense:

—¡Tè! como dice Tartarín: ¡el poeta ha visto ninfas...!

La contemplaron todos asombrados, y ella me miraba, me miraba como una gata, y se reía, se reía, como una chicuela a quien se le hiciesen cosquillas.





EL FARDO

Allá lejos, en la línea como trazada con un lápiz azul, que separa las aguas y los cielos, se iba hundiendo el sol, con sus polvos de oro y sus torbellinos de chispas purpuradas, como un gran disco de hierro candente. Ya el muelle fiscal iba quedando en quietud; los guardas pasaban de un punto a otro, las gorras metidas hasta las cejas, dando aquí y allá sus vistazos. Inmóvil el enorme brazo de los pescantes, los jornaleros se encaminaban a las casas. El agua murmuraba debajo del muelle, y el húmedo viento salado que sopla de mar afuera a la hora en que la noche sube, mantenía las lanchas cercanas en un continuo cabeceo.

*

Todos los lancharos se habían ido ya; solamente el viejo tío Lucas, que por la mañana se estropeará un pie al subir una barrica a un carretón, y que, aunque cojín cojeando, había trabajado todo el día, estaba sentado en una piedra, y con la pipa en la boca, veía triste el mar.

—Eh, tío Lucas, ¿se descansa?

—Sí, pues, patroncito.

Y empezó la charla, esa charla agradable y suelta que me place entablar con los bravos hombres toscos que viven la vida del trabajo fortificante, la que da la buena salud y la fuerza del músculo, y se nutre con el grano del poroto y la sangre hirviendo de la viña.

Yo veía con cariño a aquel rudo viejo, y le oía con interés sus relaciones, así, todas cortadas, todas como de hombre basto, pero de pecho ingenuo. ¡Ah, con que fue militar! ¡Conque de mozo fue soldado de Bulnes! ¡Conque todavía tuvo resistencias para ir con su rifle hasta Miraflores! Y es casado, y tuvo un hijo, y...

Y aquí el tío Lucas:

—Sí, patrón, ¡hace dos años que se me murió!

Aquellos ojos, chicos y relumbrantes bajo las cejas grises y peludas, se humedecieron entonces.

—¿Que cómo se me murió? En el oficio, por darnos de comer a todos; a mi mujer, a los chiquitos y a mí, patrón, que entonces me hallaba enfermo.

Y todo me lo refirió, al comenzar aquella noche, mientras las olas se cubrían de brumas y la ciudad encendía sus luces; él, en la piedra que le servía de asiento, después de apagar su negra pipa y de colocársela en la oreja, y de estirar y cruzar sus piernas flacas y musculosas, cubiertas por los sucios pantalones arremangados hasta el tobillo.

*

El muchacho era muy honrado y muy de trabajo. Se quiso ponerlo a la escuela desde grandecito; pero los miserables no pueden aprender a leer cuando se llora de hambre en el cuartucho!

El tío Lucas era casado, tenía muchos hijos.

Su mujer llevaba la maldición del vientre de las pobres: la fecundidad. Había, pues, mucha boca

abierta que pedía pan, mucho chico sucio que se revolcaba en la basura, mucho cuerpo magro que temblaba de frío; era preciso ir a llevar qué comer, a buscar harapos, y para eso, quedar sin alientos y trabajar como un buey. Cuando el hijo creció, ayudó al padre. Un vecino, el herrero, quiso enseñarle su industria, pero como entonces era tan débil, casi una armazón de huesos, y en el fuelle tenía que echar el bofe, se puso enfermo y volvió al conventillo. ¡Ah, estuvo muy enfermo! Pero no murió. ¡No murió! Y eso que vivían en uno de esos hacinamientos humanos, entre cuatro paredes destartadas, viejas, feas, en la callejuela inmunda de las mujeres perdidas, hedionda a todas horas, alumbrada de noche por escasos faroles, y donde resuenan en perpetua llamada a las zambras de echacorvería, las arpas y los acordeones, y el ruido de los marineros que llegan al burdel, desesperados con la castidad de las largas travesías, a emborracharse como cubas y a gritar y patalear como condenados. ¡Sí! entre la podredumbre, al estrépito de las fiestas tunantescas, el chico vivió, y pronto estuvo sano y en pie.

Luego, llegaron después sus quince años.

*

El tío Lucas había logrado, tras mil privaciones, comprar una canoa. Se hizo pescador.

Al venir el alba, iba con su mocetón al agua, llevando los enseres de la pesca. El uno remaba, el otro ponía en los anzuelos la carnada. Volvían a la costa con buena esperanza de vender lo hallado, entre la brisa fría y las opacidades de la neblina, cantando en baja voz alguna triste, y enhiesto el remo triunfante que chorreaba espuma.

Si había buena venta, otra salida por la tarde.

Una de invierno había temporal. Padre e hijo, en la pequeña embarcación, sufrían en el mar la locura de la ola y el viento. Difícil era llegar a tierra. Pesca y todo se fue al agua, y se pensó en librar el pellejo. Luchaban como desesperados por ganar la playa. Cerca de ella estaban; pero una racha maldita les empujó contra una roca, y la canoa se hizo astillas. Ellos salieron solo magullados, ¡gracias a Dios!, como decía el tío Lucas al narrarlo. Después, ya son ambos lancheros.

*

¡Sí! lancheros; sobre las grandes embarcaciones chatas y negras; colgándose de la cadena que rechina pendiente como una sierpe de hierro del macizo pescante que semeja una horca; remando de pie y a compás; yendo con la lancha del muelle al vapor y del vapor al muelle; gritando: ¡hiiiooop! cuando se empujan los pesados bultos para engancharlos en la uña potente que los levanta balanceándolos como un péndulo, ¡sí! lancheros; el viejo y el muchacho, el padre y el hijo; ambos a horcajadas sobre un cajón, ambos forcejeando, ambos ganando su jornal, para ellos y para sus queridas sanguijuelas del conventillo.

Íbanse todos los días al trabajo, vestidos de viejo, fajadas las cinturas con sendas bandas coloradas, y haciendo sonar a una sus zapatos groseros y pesados que se quitaban al comenzar la tarea, tirándolos en un rincón de la lancha. Empezaba el trajín, el cargar y descargar. El padre era cuidadoso:

—¡Muchacho, que te rompes la cabeza! ¡Que te coge la mano el chicote! ¡Que vas a perder una canilla!

Y enseñaba, adiestraba, dirigía al hijo, con su modo, con sus bruscas palabras de roto viejo y de padre encariñado.

*

Hasta que un día el tío Lucas no pudo moverse de la cama, porque el reumatismo le hinchaba las coyunturas y le taladraba los huesos.

¡Oh! Y había que comprar medicinas y alimentos; eso sí.

—Hijo, al trabajo, a buscar plata; hoy es sábado.

Y se fue el hijo, solo, casi corriendo, sin desayunarse, a la faena diaria.

Era un bello día de luz clara, de sol de oro. En el muelle rodaban los carros sobre sus rieles, crujían las poleas, chocaban las cadenas. Era la gran confusión del trabajo que da vértigo, el son del hierro; traqueteos por doquiera, y el viento pasando por el bosque de árboles y jarcias de los navíos en grupo.

Debajo de uno de los pescantes del muelle estaba el hijo del tío Lucas con otros lancheros, descargando a toda prisa. Había que vaciar la lancha repleta de fardos. De tiempo en tiempo bajaba la larga cadena que remata en un garfio, sonando como una matraca al correr con la roldana; los mozos amarraban los bultos con una cuerda doblada en dos, los enganchaban en el garfio, y entonces estos subían a la manera de un pez en un anzuelo, o del plomo de una sonda, ya quietos, ya agitándose de un lado para otro, como un badajo, en el vacío.

La carga estaba amontonada. La ola movía pausadamente de cuando en cuando la embarcación colmada de fardos. Estos formaban una a modo de pirámide en el centro. Había uno muy pesado, muy pesado. Era el más grande de todos, ancho, gordo y oloroso a brea. Venía en el fondo de la lancha. Un hombre de pie sobre él, era una pequeña figura para el grueso zócalo.

Era algo como todos los prosaísmos de la importación, envueltos en lona y fijados con correas de hierro. Sobre sus costados, en medio de líneas y de triángulos negros, había letras que miraban como ojos.

—Letras en “diamante” —decía el tío Lucas.

Sus cintas de hierro estaban apretadas con clavos cabezudos y ásperos; y en las entrañas tendría el monstruo, cuando menos, linones y percales.

*

Solo él faltaba.

—¡Se va el bruto! —dijo uno de los lancheros.

—¡El barrigón! —agregó otro.

Y el hijo del tío Lucas, que estaba ansioso de acabar pronto, se alistaba para ir a cobrar y desayunarse, anudándose un pañuelo de cuadros al pescuezo.

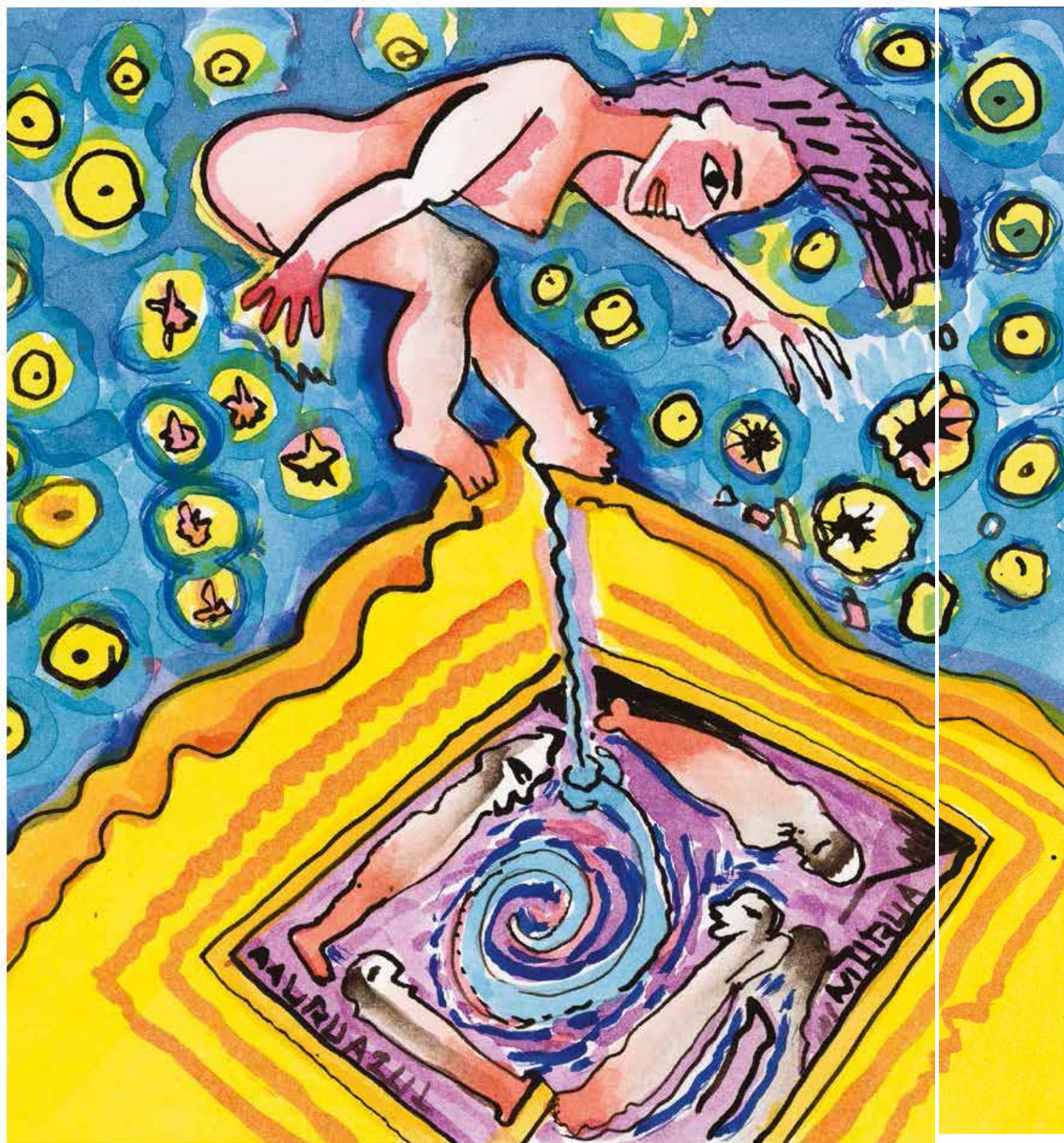
Bajó la cadena danzando en el aire. Se amarró un gran lazo al fardo, se probó si estaba bien seguro, y se gritó: ¡Iza! mientras la cadena tiraba de la masa chirriando y levantándola en vilo.

Los lancheros, de pie, miraban subir el enorme peso, y se preparaban para ir a tierra, cuando se vio una cosa horrible. El fardo, el grueso fardo, se zafó del lazo, como de un collar holgado saca un perro la cabeza; y cayó sobre el hijo del tío Lucas, que entre el filo de la lancha y el gran bulto, quedó con los riñones rotos, el espinazo desencajado y echando sangre negra por la boca.

Aquel día no hubo pan ni medicinas en casa del tío Lucas, sino el muchacho destrozado al que se abrazaba llorando el reumático, entre la gritería de la mujer y de los chicos, cuando llevaban el cadáver a Playa Ancha.

*

Me despedí del viejo lanchero, y a pasos elásticos dejé el muelle, tomando el camino de la casa, y haciendo filosofía con toda la cachaza de un poeta, en tanto que una brisa glacial que venía de mar afuera pellizcaba tenazmente las narices y las orejas.



EL VELO DE LA REINA MAB

La reina Mab, en su carro hecho de una sola perla, tirado por cuatro coleópteros de petos dorados y alas de pedrería, caminando sobre un rayo de sol, se coló por la ventana de una buhardilla donde estaban cuatro hombres flacos, barbudos e impertinentes, lamentándose como unos desdichados.

Por aquel tiempo, las hadas habían repartido sus dones a los mortales. A unos habían dado las varitas misteriosas que llenan de oro las pesadas cajas del comercio; a otros unas espigas maravillosas que al desgranarlas colmaban las trojes de riqueza; a otros unos cristales que hacían ver en el riñón de la madre tierra, oro y piedras preciosas; a quienes cabelleras espesas y músculos de Goliat, y mazas enormes para machacar el hierro encendido; y a quienes talones fuertes y piernas ágiles para montar en las rápidas caballerías que se beben el viento y que tienden las crines en la carrera.

Los cuatro hombres se quejaban. Al uno le había tocado en suerte una cantera, al otro el iris, al otro el ritmo, al otro el cielo azul.

*

La reina Mab oyó sus palabras. Decía el primero:

—¡Y bien! ¡Heme aquí en la gran lucha de mis sueños de mármol! Yo he arrancado el bloque y tengo el cincel. Todos tenéis, unos el oro, otros la armonía, otros la luz; yo pienso en la blanca y divina Venus que muestra su desnudez bajo el *plafond* color de cielo. Yo quiero dar a la masa la línea y la hermosura plástica; y que circule por las venas de la estatua una sangre incolora como la de los dioses. Yo tengo el espíritu de Grecia en el cerebro, y amo los desnudos en que la ninfa huye y el fauno tiende los brazos. ¡Oh, Fidias! Tú eres para mí soberbio y augusto como un semidiós, en el recinto de la eterna belleza, rey ante un ejército de hermosuras que a tus ojos arrojan el magnífico chiton, mostrando la esplendidez de la forma, en sus cuerpos de rosa y nieve.

Tú golpeas, hieres y domas el mármol, y suena el golpe armónico como un verso, y te adula la cigarra, amante del sol, oculta entre los pámpanos de la viña virgen. Para ti son los Apolos rubios y luminosos, las Minervas severas y soberanas. Tú, como un mago, conviertes la roca en simulacro y el colmillo del elefante en copa del festín. Y al ver tu grandeza siento el martirio de mi pequeñez. Porque pasaron los tiempos gloriosos. Porque tiemblo ante las miradas de hoy. Porque contemplo el ideal inmenso y las fuerzas exhaustas. Porque a medida que cincelo el bloque me ataraza el desaliento.

*

Y decía el otro:

—Lo que es hoy romperé mis pinceles. ¿Para qué quiero el iris, y esta gran paleta del campo florido, si a la postre mi cuadro no será admitido en el salón? ¿Qué abordaré? He recorrido todas las escuelas,

todas las inspiraciones artísticas. He pintado el torso de Diana y el rostro de la Madona. He pedido a las campiñas sus colores, sus matices; he adulado a la luz como a una amada, y la he abrazado como a una querida. He sido adorador del desnudo, con sus magnificencias, con los tonos de sus carnaciones y con sus fugaces medias tintas. He trazado en mis lienzos los nimbos de los santos y las alas de los querubines. ¡Ah, pero siempre el terrible desencanto! ¡El porvenir! ¡Vender una Cleopatra en dos pesetas para poder almorzar!

¡Y yo, que podría, en el estremecimiento de mi inspiración, trazar el gran cuadro que tengo aquí dentro...!

*

Y decía el otro:

—Perdida mi alma en la gran ilusión de mis sinfonías, temo todas las decepciones. Yo escucho todas las armonías, desde la lira de Terpanandro hasta las fantasías orquestales de Wagner. Mis ideales brillan en medio de mis audacias de inspirado. Yo tengo la percepción del filósofo que oyó la música de los astros. Todos los ruidos pueden aprisionarse, todos los ecos son susceptibles de combinaciones. Todo cabe en la línea de mis escalas cromáticas.

La luz vibrante es himno, y la melodía de la selva halla un eco en mi corazón. Desde el ruido de la tempestad hasta el canto del pájaro, todo se confunde y enlaza en la infinita cadencia. Entre tanto, no diviso sino la muchedumbre que befa y la celda del manicomio.

*

Y el último:

—Todos bebemos del agua clara de la fuente de Jonia. Pero el ideal flota en el azul; y para que los espíritus gocen de la luz suprema, es preciso que asciendan. Yo tengo el verso que es de miel y el que es de oro, y el que es de hierro candente. Yo soy el ánfora del celeste perfume: tengo el amor. Paloma, estrella, nido, lirio, vosotros conocéis mi morada. Para los vuelos inconmensurables tengo alas de águila que parten a golpes mágicos el huracán. Y para hallar consonantes, los busco en dos bocas que se juntan; y estalla el beso, y escribo la estrofa, y entonces, si veis mi alma, conoceréis a mi Musa. Amo las epopeyas porque de ellas brota el soplo heroico que agita las banderas que ondean sobre las lanzas y los penachos que tiemblan sobre los cascos; los cantos líricos, porque hablan de las diosas y de los amores; y las églogas, porque son olorosas a verbena y a tomillo, y al sano aliento del buey coronado de rosas. Yo escribiría algo inmortal; mas me abruma un porvenir de miseria y de hambre...

*

Entonces la reina Mab, del fondo de su carro hecho de una sola perla, tomó un velo azul, casi impalpable, como formado de suspiros, o de miradas de ángeles rubios y pensativos. Y aquel velo era el velo de los sueños, de los dulces sueños que hacen ver la vida de color rosa. Y con él envolvió a los cuatro hombres flacos, barbudos e impertinentes. Los cuales cesaron de estar tristes, por que penetró en su pecho la esperanza, y en su cabeza el sol alegre, con el diablillo de la vanidad, que consuela en sus profundas decepciones a los pobres artistas.

Y desde entonces, en las buhardillas de los brillantes infelices, donde flota el sueño azul, se piensa en el porvenir como en la aurora, y se oyen risas que quitan la tristeza, y se bailan extrañas farandolas alrededor de un blanco Apolo, de un lindo paisaje, de un violín viejo, de un amarillento manuscrito.

